

Tema 7: La fracción del pan

En este tema vamos a reflexionar sobre un gesto sencillo con el cual se llegó a denominar a la misma Eucaristía en sus principios: la fracción del pan. Seguro que esta reflexión nos va ayudar también a profundizar un poco más en qué consiste la liturgia cristiana.

En todas las iglesias hay un altar que es “la mesa del Señor” (1 Cor 20,21) y sobre ella ponemos el pan y un cáliz de vino para que sean santificados. El pan es partido para ser distribuido a cuantos están reunidos en torno a la mesa. Dejamos nuestro puesto, nos acercamos, tendemos la mano y la abrimos para recibir un trozo de pan sobre el cual pronunciamos el “amén” de la fe. **¿Qué expresamos con estos simples gestos?**

Durante la última cena con sus discípulos, Jesús ha expresado el misterio de su vida cogiendo entre sus manos el pan y haciendo este gesto: lo ha partido y lo ha distribuido para que fuera comido. La Iglesia, que siempre debe nacer del Evangelio, reconoce estos gestos de Jesús de Nazaret, el misterio de su misma vida, porque la Iglesia no vive para sí misma ni muere para sí misma. **La liturgia cristiana consiste esencialmente en esto: hacer lo que Cristo nos ha mandado hacer en memoria de Él.** Esto significa que nuestra liturgia es **trasparencia de los gestos de Cristo y así será más cristiana.**

La liturgia cristiana es el gesto espiritual de Cristo. Así tomamos conciencia que **el camino de la liturgia ha sido por entero el camino de la revelación de Dios al hombre.** Del mismo modo, también el Dios revelado en Jesucristo, como se lee en el Evangelio de Juan, quiere que sus adoradores lo adoren como Él es: “Dios es espíritu, y aquellos que lo adoran deberán adorarlo en Espíritu y Verdad” (Jn 4, 24).

Un teólogo (E. Schillebeeckx) ha escrito: “no hemos sido redimidos a través de una ceremonia cultural y una liturgia específica, más bien a través de un acto histórico y situado en el mundo de Cristo. Por esto, los cristianos no tienen otro templo que el cuerpo glorioso de Jesús, ni otro altar que su Cruz, ni otro sacerdote y sacrificio que su misma persona: **Cristo es la única liturgia posible**”.

Los dos gestos fundamentales de la liturgia cristiana, la fracción del pan y el lavatorio de los pies, los ha cumplido Cristo, no los ha creado la

Iglesia. Pablo, que no ha conocido a Cristo según la carne (2 Cor 5, 16) declara que “ha recibido del Señor” la fracción del pan, de tal forma que cada creyente recibe del Señor su gesto eucarístico. Estamos en los orígenes de la liturgia cristiana a la cual, cada creyente, debe ser conducido. **Esta es la mistagogía: los misterios del misterio.**

Pero **¿en qué consiste la especificidad de los gestos de Cristo?** La especificidad de los gestos de Cristo es **ser gestos “plenos”:** plenos de amor, plenos de salvación, plenos de eficacia. **Jesús no gesticula: todos sus gestos, bendiciones, unciones, fracción, son custodiados y prolongados en nuestra ritualidad sacramental, poseen una intensidad dramática y radical, y es esta la intensidad, la plenitud que nuestra liturgia debe poner en evidencia.** Toda liturgia culmina en un gesto de Cristo al servicio del cual están nuestros gestos y delante del cual son repetidos. **La liturgia es una cristología gestual.**

¿Somos conscientes de esta raíz evangélica de los gestos de Jesús? ¿No será que somos poco contemplativos de las escenas evangélicas y, por eso, la liturgia nos parece una rutina sólo ritual? ¿Es preciso saber leer las escenas evangélicas para adentrarse en la liturgia cristiana?

Jesús es consciente de que pronunciando la bendición y partiendo el pan al inicio de la comida hace suyo el significado que la tradición hebrea reconoce a aquel gesto doméstico. Jesús partiendo el pan reconoce inscrito su misterio en aquel pan partido: partir y compartir el pan tienen su significado porque pertenecen al partir y compartir lo que Jesús da de sí mismo. Queda como gesto elocuente a los ojos de Jesús, los discípulos mostrarán no haber comprendido “en aquella hora” lo que este gesto significaba. **A los ojos de los Doce sólo después de la resurrección y del recuerdo de la vida de Cristo,** aquellos gestos de Jesús en la última cena, llegan a su plenitud.

Es fácil traer a la memoria el relato de Emaús que llega a su culmen con esta imagen: “cuando llegó a la mesa con ellos, coge el pan, dice la bendición, lo partió y se lo dio. En este momento se le abrieron los ojos y lo reconocieron” (Lc 24 30-31). El Resucitado no pronuncia ninguna palabra “de la institución” y los dos discípulos cuentan lo que les ha pasado a los Once, cómo fue reconocido por ellos al partir el pan (Lc 24, 35). **Ha sido suficiente el gesto de partir el pan sin ninguna palabra pero con una elocuencia capaz de abrir los ojos y hacerse reconocer.** La silenciosa fracción del pan en Emaús puede ser **la mejor respuesta al verbalismo del cual abusa nuestra liturgia,** donde palabras, introducciones y explicaciones se sugieren en una vorágine logocéntrica. Tantas palabras quitan la elocuencia al gesto litúrgico, le roban el

alma. Debemos admitir que también en la liturgia se ha perdido el sentido del silencio.

¿Por qué tenemos prisa en la Eucaristía? Si se alarga es un rollo... ¿de verdad? ¿O es que no sabemos pausar el tiempo celebrativo y nos asustan los silencios y un ritmo más pausado e interiorizante? ¿No os parece que sería bueno recuperar el silencio y profundizar una cierta rutina?

Los dos discípulos no confiesan a los Once haber visto al Señor partir el pan sino haber reconocido al Señor en el partir el pan (Lc 24, 35). Es un conocimiento pleno y profundo. Efrén el Sirio escribe: “cuando los ojos de los discípulos estaban todavía cerrados, el pan fue la clave con la cual fueron abiertos”. **Todo auténtico gesto litúrgico es una clave para acceder al misterio**, porque en la liturgia el misterio no se ve sino que se reconoce. Cristo ha cogido entre sus manos el pan, lo ha partido, y en esto ha reconocido su misterio. Desde aquella tarde el gesto de partir el pan hace reconocer el misterio del Señor viviente. Escribe San Agustín: “Él no se hace reconocer en un gesto distinto de aquello; y esto para nosotros, que no lo hemos visto en forma humana, pero hemos comido su carne. Sí, verdaderamente, si Tú eres la novedad de los fieles... la “fractio panis” será tu consolación”.

Y llegamos así al paso de la elocuencia del gesto de Cristo al orden ritual, es decir, al momento en que el gesto de Cristo llega a ser rito de la Iglesia. En una mirada sencilla, **nuestra fracción del pan es más parecida al gesto del Resucitado en Emaús que al de Jesús en la última Cena.** La fracción del pan ha sido para los cristianos el gesto eucarístico fundamental de tal manera que en el siglo II daba el nombre a la liturgia eucarística entera.

Se podría imaginar que partir el pan es el primer gesto de la Eucaristía como lo era en la comida hebrea. Del mismo modo, la fracción del pan podría ser cumplida en el momento en el cual pronunciando la palabra de la institución se dice “lo partió”, pero no ha sido jamás así en ninguna gran tradición litúrgica. **La fracción del pan ha sido hasta hoy un rito propio, hecho aparte, distinto de la plegaria eucarística y puesto entre los ritos de comunión.**

Ciertamente la experiencia de la liturgia cristiana es experiencia de comensalidad con el Resucitado. Pero **¿qué comensalidad?** La respuesta la encontramos en el orden ritual de la “fracción del pan”, como hoy lo vivimos en nuestra liturgia, donde el gesto silencioso del “partir el pan” forma un todo con la gran letanía del “Cordero de Dios”. En este rito se incrustan **tres escenas**

neotestamentarias: el Señor que parte del pan; el testimonio del Bautista: “este es el cordero de Dios...” (Jn 1,29) y la cuarta bienaventuranza del Apocalipsis: “dichosos los invitados a la cena del Cordero” (Ap 19, 9).

Resuenan también las palabras de San Pablo a los Corintios: “el pan que nosotros partimos es la comunión con el Cuerpo de Cristo... porque hay un solo pan, nosotros somos un solo cuerpo: todos participamos el único pan” (1 Cor 10,17). Traduciendo el ritual que expresa el misal podríamos decirlo así: presentando a la asamblea el pan partido y el cáliz del vino, el celebrante confiesa: he aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la Cena del Cordero. Se une la cena del Señor paulina y la Cena del Cordero del apocalipsis. **Esta ostensión del pan partido y del cáliz es el más alto icono de la Eucaristía.**

La Eucaristía no es jamás una simple comida de comunión entre los amigos y Jesús, es la cena del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. **Se conjugan aquí la dimensión sacrificial y la dimensión convivial,** pero nunca una sin la otra. Toda Eucaristía es la comida pascual con el Resucitado en Emaús, en la sala alta de Jerusalén, a la orilla del mar de Tiberíades. Toda eucaristía es una comida como la de Emaús: jamás alejada de la memoria de Getsemaní y del Viernes Santo, de nuestras experiencias ilusorias y de la destrucción que desencadenamos cuando nuestra rivalidad se manifiesta. **El Resucitado que se hace presente es el crucificado.**

No debemos olvidar que en medio de tantos gestos como hacemos, **la fracción del pan es el único gesto eucarístico que Cristo ha cumplido.** Nos preguntamos el modo como hoy realizamos la “fracción del pan” para que se haga patente toda esta verdad.

¿La conciencia que los participantes a la liturgia tienen del gesto de la fracción del pan corresponde a lo que este gesto significa? A lo

Contra la idolatría de la subjetividad

A veces se piensa que la liturgia es fría, que no nos introduce en una dinámica oracional porque no se puede expresar cada uno como siente en ese momento (subjetividad). El hecho de que se trate de una oración tan objetiva en sus términos genera posiblemente este problema. Hoy es más fácil estar en silencio en una exposición del Santísimo, donde cada uno puede vivir la oración según sus sentimientos, que participar en la Eucaristía donde las oraciones y los textos usados ya están dispuestos por la Iglesia. La subjetividad parece invocar su derecho a que cada uno actúe a su manera.

Contra esta idolatría de lo subjetivo que tanta gente invoca («prefiero un rato de oración a solas que ir a lo de siempre en Misa porque no me dice nada»), el Concilio habló de participación activa de los fieles: pensaba en que ésta no fuera sólo externa. Se trata de hacer nuestros los textos que escuchamos para poder orar desde un “nosotros” comunitario. La liturgia es la oración de la Iglesia y, como tal, quiere para todos los creyentes una intensa experiencia de Dios. El único Cuerpo de Cristo se une para alabar a su Dios mediante la oración. Curioso que nos digamos tan «solidarios» y, por otro lado, reivindicemos que en cuestiones de oración «cada uno la suya».

largo de la historia los occidentales hemos puesto de tal modo el acento sobre las palabras de la institución que **hemos terminado por poner en sombra el gesto eucarístico de Cristo por excelencia, el único a través del cual Él se ha hecho reconocer vivo**. Sin decir una palabra el Resucitado ha partido el pan en Emaús porque la palabra necesaria había sido ya pronunciada por el camino.

El gran temor es que el gesto de la “fracción del pan” pasa de largo, difícil de observar, cubierto a veces en la sombra el intercambio de la paz cuyo modo de realizarlo es del todo desproporcionado respecto al valor y significado de este gesto.

Dice un antiguo dicho rabínico: “un hombre se reconoce en la forma como parte del pan”. **Si todavía tenemos ojos para ver, en la “fracción del pan” de Emaús está todo el “ars celebrandi” de Cristo**. Desde aquel instante, nuestra liturgia no es sólo hacer lo que Cristo ha hecho para hacerlo como él lo ha hecho, **es el estilo de su gestualidad donde está el origen del arte de celebrar**. En las celebraciones hay un arte celebrativo cuando somos consciente de que el gesto que cumplimos en la liturgia es memoria del gesto de Cristo y, por tanto, es Cristo que lo cumple aquí y ahora en su Iglesia. **Estemos atentos para no reducir las celebraciones a un mero “saber hacer” porque estaremos atentos a lo sagrado pero no al Misterio en el cual creemos**.

Un gesto litúrgico, la fracción del pan, como también beber el vino del cáliz, o bien distribuir la luz a través de la llama de una candela en la Vigilia pascual... estos y otros gestos todavía expresados en su simplicidad dejan transparentar el sentido y el objetivo originario de nuestra existencia. **La fracción del pan es un gesto que tiene la simplicidad de la parábola y el vigor de la profecía**. Nos pone delante de una profundidad y una pureza de vida que nos supera.

¿Cómo responder a nuestra manera de pensar y vivir este gesto litúrgico? ¿Nos falta catequesis, formación... o lo que nos falta es vincular la formación bíblica a los gestos litúrgicos?